

Congoja amarga, amargo desconcierto  
Para el pueblo que mira allí su tumba!  
Delante de sus piés el mar retumba,  
A la izquierda y derecha está el desierto.

“Caudillo de las tribus! las edades  
“Gemirán al recuerdo de este día.  
“¿Sepuleros en Heliópolis no había?  
“¿Por qué morir en vastas soledades?”

“Mejor no fuera á orillas del gran río  
“Alzar palacios, cavar canales,  
“Que perecer en estos arenales  
“Entre las manos del Egipto impío.”

“Hijos del padre Abraham! valor y esfuerzo,  
Dijo Moisés: “la mano omnipotente  
“Hará desaparecer toda esa gente,  
“Como las hojas que arrebatá el cierzo.”

Dijo, y el angel que en su nube envuelto  
Caminaba del pueblo á la vanguardia,  
De un paso colocose á retaguardia  
Con sable en mano y ademán resuelto.

Moisés la vara sobre el mar levanta  
Y se abre el mar con formidable estruendo;  
El abismo descúbrese tremendo  
Jamás hollado por humana planta.

¿Quién es el fuerte que rompió las ondas  
Y por medio del agua abrió camino?  
¿Quién la suspende con poder divino  
Dejando enjutas las arenas hondas?

¿Quién, sino aquel Señor que en sus enojos  
Al relámpago llama, y obedece,  
Que enciende el rayo cuando le parece,  
Que apaga el sol al brillo de sus ojos?

¿Quién, sino Aquel que en el inmenso cielo  
Hace rodar sus infinitos mundos,  
A quienes ni los sabios más profundos  
Pueden seguir en su incansable vuelo?

El terrible Moisés baja el primero  
Con firme paso al tenebroso abismo,  
Síguele Araón con inculto heroísmo  
Y el pueblo marcha por aquel sendero.

Las gentes silenciosas entre tanto,  
En las profundidades solitarias,  
Hacen al cielo tímidas plegarias  
Lloroso el rostro y pálido de espanto.

“Volad, el rey gritó, los fugitivos  
Caigan al golpe del terrible acero,  
Y los que escapen del rigor primero,  
Vuelvan á Tanis otra vez cautivos.”

Dijo, y su tropa en orden de batalla  
 Entra en el mar que encadenado ruge:  
 El armamento en las tinieblas cruge:  
 Calla el infante y el ginete calla.

Huye hijo de Jacob, que ya insolente  
 El Faraón cual tempestad avanza  
 Al fondo del abismo y ya te alcanza  
 Entre espantosa multitud de gente.

El angel que escuchó no muy distante  
 El ruido de los carros y corceles,  
 Volvió la cara y viendo á los infieles,  
 Con rostro airado se paró delante.

Al trueno de su voz tiembla la tierra,  
 Y en lluvias el nublado se desata,  
 Como el agua de inmensa catarata  
 Que se despeña de fragosa sierra.

En esta noche lóbrega y tremenda  
 Los cárdenos relámpagos relumbran,  
 Ruedan los rayos que la mar alumbran  
 Y brama el viento en la funesta senda.

¡Ay, que el monarca desmayarse sienta!  
 Y sus caballos despreciando el freno,  
 Arrancan espantados con el trueno,  
 Y estrellan la carroza reluciente.

¡Cuánta desolación en los soldados!  
 ¡Y qué terror! Legiones con legiones,  
 Carros con carros chocan, y bridones  
 Con bridones se mezclan asustados.

Firme Moisés, alzó la fuerte mano  
 Sobre el pesado mar, y el mar revienta  
 Y se desploma como gran tormenta  
 Encima de las tropas del tirano.

Las olas en ruidosos remolinos  
 Envuelven al caballo y caballero,  
 Y al que tira la flecha y al hondero,  
 Y al rey con sacerdotes y adivinos.

Echan fuera las aguas entre espumas,  
 Las espadas, las picas, los escudos,  
 Los fuertes cuerpos de guerreros mudos  
 Y sus morriones de flotantes plumas.

También tú, ¡oh rey! cubierto con tu malla  
 Tendido estás, helado y sin aliento,  
 Expuesto al agua y al calor, y al viento,  
 Junto con tus caballos de batalla.

¿En dónde están tus bravos escuadrones  
 Y tu hirviente y atroz infantería?  
 Duermen el sueño de la muerte umbría  
 Al lado de sus lanzas y pendones.

Cuando pasan los Arabes salvajes  
 Detrás de sus pacientes dromedarios,  
 Aquí hollarán tus huesos solitarios  
 Y hollarán tus magníficos plumajes.

---

### El monte de Los Olivos.

---

Hincadas las rodillas hacia ora-  
 ción diciendo: "Padre mío, si es de  
 tu agrado, aleja de mí este caliz, no  
 obstante, no se haga mi voluntad  
 sino la tuya. En esto se le apareció  
 un angel del cielo confortándole.  
 Y entrando en agonía, oraba con  
 mayor intención. Y vino un sudor  
 como gotas de sangre que chorrea-  
 ba hasta el suelo.

SAN LUCAS, XXII, 41, 42, 43, y 44.

Viendo el Hijo de Dios que ya venía  
 De su angustiada vida el fin tremendo  
 El torrente Cedrón pasa gimiendo,  
 Y sube al monte en que llorar solía.

Era la noche, y todo estaba en calma  
 El viento, el mar, la tierra delincuente,  
 Sólo Jesus allá en el Huerto siente  
 Inmensa agitación dentro del alma.

La luna melancólica y sublime  
 Está alumbrando con su rayo muerto  
 A tres hombres dormidos en el Huerto,  
 Y al Dios del mundo que en silencio gime.

Hincadas las rodillas vacilantes,  
 Alza las manos lánguidas al cielo,  
 Alza los ojos que marchita el duelo,  
 Ojos un tiempo hermosos y brillantes.

A veces inclinada la cabeza,  
 El suelo toca con la blanca frente,  
 Y húmedo deja con sudor caliente  
 Aquel lugar de llanto y de tristeza.

Tal vez en tanto Salomé la bella  
 Bailaba alegre como en otros días,  
 Y Jesús en sus tristes agonías  
 Lloraba por Herodes y por ella.

Al alma presentósele muy clara  
 La historia de los hombres sus hermanos  
 Y al pensar en Salem, con ambas manos  
 Cubrió el sonrojo de su hermosa cara.

¡Oh Padre! si es posible entonces dijo,  
 Ese caliz aparta de mi boca,  
 Ten compasión del Hijo que te invoca,  
 Ten compasión de tu inocente Hijo.

Pero haz tus voluntades sin reserva,  
 Hazlas, Señor, en mí como es debido:  
 Dijo, y del pecho le salió un gemido  
 Y postrado cayó sobre la yerba.

¡Cuán otro estabas en mejores días  
 Cuando eras tierno y balbuciente niño,  
 Y de una Madre llena de cariño  
 Los abrazos y besos recibías!

Este es el Dios cuyo terrible trueno  
 Hace temblar los montes y ciudades,  
 ¡Ay cómo gime en tristes soledades!  
 ¡Ay cómo tiembla de terrores llenos!

Y no es porque le falte fortaleza  
 Para desencajar la tierra y cielo,  
 Sino que Él mismo se humilló hasta el suelo  
 Deponiendo su honor y su grandeza.

Viendo Dios á Jesús agonizante,  
 Le dolió el corazón en lo más vivo;  
 Estaba el Hijo bajo el triste olivo,  
 Pálido, desmayado y palpitante.

Entonces haber hecho á los humanos  
 Al Padre le pesó la vez segunda:  
 Allá en tiempos atrás la tierra inunda,  
 Más hoy no mueve sus potentes manos.

“Angel de luz, al Olivar descende,”  
 Dijo en el cielo el Hacedor del mundo,  
 “Infunde aliento al Hijo moribundo;”  
 Y el angel volador el aire hiende.

Sostiene á Dios en el quebrado suelo  
 Con los brazos, y ánimale á la muerte;  
 Y al ver así descoyuntado al Fuerte,  
 Cúbrese el rostro con su negro velo.

La paz en tanto ocupa estos retiros,  
 Las hojas de la palma están serenas,  
 So oyen las olas del torrente apenas  
 Y del Hijo del Hombre los suspiros.

Llegada al colmo la mortal congoja,  
 Clama á su Padre con mayor vehemencia,  
 Y cae segunda vez en su presencia  
 Cubierto en sangre que la tierra moja.

En tan mortal y pálido desmayo  
 No quiere usar de su poder divino;  
 Tiene á su izquierda quieto el torbellino,  
 Y á su derecha encadenado el rayo.

Mas viendo el Salvador que se adelanta  
 Para prenderle silenciosa tropa,  
 Por fin apura la tremenda copa,  
 Y del suelo sudando se levanta.

Júdas en tanto llegase al Ungido,  
 Y á venderle besándole se atreve,  
 ¡Ay del Apóstol infeliz y aleve!  
 ¡Mejor le fuera nunca haber nacido!

### AL NACIMIENTO DE LA VIRGEN.

---

Nació una niña en la infeliz Judea,  
Niña preciosa, y se llamó María:  
Era más bella que un botón de rosa  
Mojado con la lluvia matutina.

Ojos azules de color de cielo,  
Rojos los labios cual purpúrea tinta,  
Y blanca y tierna, y de cabellos blondos,  
Y amable como simple cervatilla.

¿Qué distantes estaban las Romanas,  
Las romanas magníficas y altivas,  
De pensar que en un pueblo del imperio  
Pobre su emperatriz nacido había!

¿Ni cómo Octavio y su estruendosa corte  
Entre tantas victorias y conquistas,  
Creyeran que viviese ya la Madre  
Del Hombre que su gloria eclipsaría?

El Dios de las sonoras tempestades  
A su hija hermosa complacido mira,  
Y hace callar el huracán y el trueno  
Porque no asusten á su tierna niña.

Un ángel colocó junto á su cuna,  
Fuerte espada colgábale en la cinta,  
Para que á la inocente defendiera  
Contra el rencor de la serpiente antigua.

Llenó de gracia y dones inmortales  
El alma encantadora de María,  
Alma más pura que la blanca luna,  
Más pura que la estrella vespertina.

El Hijo del Señor bajó del cielo  
Y abrazó á su criatura la más linda,  
Y un ósculo filial le dió en la boca  
A la que Madre suya al fin sería.

Y tuvo compasión de la inocente  
Al contemplar que en borrascosos días  
Agolpadas congojas á congojas,  
Su blando corazón desgarrarían.

Y escuchaba los lánguidos gemidos  
Que en la infeliz Jerusalem daría  
Y miraba sus lágrimas amargas  
Rodando por sus pálidas mejillas.

Y al pensar en escenas tan terribles  
A los brazos otra vez volvía,  
Y á su futura Madre con ternura  
El Hijo Dios llenaba de caricias.

¡Dichosa, muy dichosa, Hija del cielo!  
Tú que fuiste sin crimen concebida,  
Tú vales más que el querubín radiante,  
Y formas de tu Padre las delicias.

Tú ruegas por los hombres delincuentes  
Si ves de Dios la cólera encendida,  
Y alzas juntas las manos suplicantes,  
Y el rayo apagas en su diestra misma.

Tú que sabes de angustias y de llantos,  
Eres con tus hermanos compasiva,  
Y llena de ternura blandamente,  
Su amargo lloro con tu mano limpias.

Danos, pues, de piedad una mirada:  
Todo amenaza mortandad y ruina;  
Tú que sabes de angustias y de llantos,  
De tantos males á tus hijos libra.

—

## LA MUERTE DEL REDENTOR.

—

Aquel Señor que en el profundo cielo  
Derramó sus magníficas estrellas  
Que lanzadas cual rápidas centellas  
Pasan gloriosas con inmenso vuelo.

Aquel Señor que sumergió enojado  
El Popocatepetl y el Himalaya,  
Haciendo de la tierra un mar sin playa  
Do el hombre criminal quedó anegado.

Hoy deshonrado, pobre y desvalido,  
En la cumbre del Gólgota tremendo,  
Colgado de una Cruz está muriendo  
En medio de su pueblo enfurecido.

Hostigada la cólera del Padre,  
Cual rápida corriente se desata,  
Y en su furioso vértice arrebatada  
Al Discípulo, al Hijo y á la Madre.

Sin fuerzas y sediento y desvelado,  
Dios es la burla y risa de la gente;  
A la izquierda y derecha un delincuente,  
Jesús en medio á cargo del Soldado.

¡Ay de mí! Cual estás, qué diferente  
Hoy te presentas del que ser solías,  
Cuando allá en el Tabor resplandecías,  
Cuando increpabas á la mar hirviente!

La tibia sangre y el sudor gotea,  
El desamparo y la congoja crece,  
Y el cuerpo desangrado se estremece:  
¡Ay, infeliz de la nación hebrea!

Los ojos vuelve al enojado cielo,  
Los ojos digo, pues las blancas manos,  
Traspasadas con clavos inhumanos,  
De moverse no tienen el consuelo.

Privado de su honor y de su gloria,  
Para más agravar su pesadumbre,  
Repasa con amarga certidumbre  
Del mundo ingrato la tremenda historia.

Y el Dios terrible, cuyo enojo espanta  
La tierra, el mar y el anchuroso cielo,  
Un solo palmo no encontró de suelo  
En que apoyar su lastimada planta.

Entre el tormento que el verdugo emplea,  
Entre la maldición y el alarido,  
Murió por fin á su sudor rendido;  
¡Ay, infeliz de la nación hebrea!

Tiberio en tanto, en la estruendosa Roma,  
Entre el oro y la púrpura del sòlio,  
Al orgullo del alto capitolio  
Juntaba los placeres de Sodoma.

¿Cómo es que estás, Señor, tan humillado  
Tú, cuya airada faz relampaguea,  
Que si tocas un monte, el monte humea,  
Que si tocas el mar, huye espantado?

¿Te has olvidado del honor divino  
Que debe darte el hombre miserable?  
¿Dónde apagaste el rayo formidable?  
¿Dónde dejaste el trueno y torbellino?

¡Pueblo infeliz! En qué pudo ofenderte  
Ese inocente de congojas lleno?  
¿Ni qué más pudo hacer un Dios tan bueno  
Que por amor á tí sufrir la muerte?

Bebió por tí la copa de amargura,  
Copa terrible que beber debías,  
Y al tremendo patíbulo lo envías  
En premio de su amor y su ternura.



¡Espantoso deicidio, que horroriza  
Al corazón más duro y delincuente!  
De horror se pone pálida la frente,  
Y el cabello también de horror se eriza.

Catón, rasgando con su propia mano  
La misma herida que se dió en el pecho,  
De su alma atroz manifestó el despecho,  
No la virtud heroica de un romano;

Pero Jesús, con ínclita grandeza,  
Entre la execración y los dolores,  
Ruega por sus verdugos y opresores,  
Y muere sin orgullo y sin vileza.

Ese que ves tan pálido y sin vida,  
Desfigurado su semblante bello,  
Con sangre endurecido su cabello  
Y abierto el pecho con profunda herida;

Ese pobre que á fuerza de tormento  
Ha fenecido á fuerza de pesares,  
Vale más que la tierra con sus mares,  
Vale más que el inmenso firmamento.

Vendrá tiempo en que príncipes y sabios  
Doblen ante El sumisos la rodilla,  
Y desearán con humildad sencilla  
En sus sangrientos piés poner los lábios.

Colocará su trono reluciente  
Más allá de ese cielo diamantino,  
Y ante su rostro espléndido y divino  
El querubín humillará su frente.

A sus piés pasarán con vuelo inmenso  
Los brillantes luceros á millones,  
Que humildes le darán adoraciones  
Entre el olor y el humo del incienso.

---

## CAMINO DEL GOLGOTA.

Melancólico el sol con roja lumbre  
Entibiaba las olas del mar muerto,  
Estaba ardiente el polvo del desierto,  
Y se abrasaba del Tabor la cumbre.

Flotan en Siria lánguidas las palmas,  
Y en Jericó desmáyanse las rosas;  
Las horas pasan lentas y tediosas,  
Y están inquietas en Salem las almas.

El Señor, entretanto, sin consuelo,  
Y desangrado y con la Cruz al hombro,  
Iba llenando de estupor y asombro,  
Al pueblo y á los ángeles del cielo.

Caminaba con paso vacilante  
Entre soldados de robustas cotas,  
En medio de mil lanzas y garzotas,  
Y el triste Centurión iba delante.

Entre la grita y el tropel impío  
De la insolente guardia pretoriana,  
Caminaba el Señor esa mañana  
Envuelto con el polvo del gentío.

A solas repasaba tristemente,  
En medio de tan lúgubre aparato,  
La amarga historia de su mundo ingrato,  
Mundo á la par soberbio y delincuente.

Tal fué el calor y agitación del día,  
Que va su cuerpo de sudor bañado,  
Y sin aliento va, y en tal estado  
Su corazón perdona todavía.

De este modo la tórtola sencilla  
De las desiertas rocas moradora,  
En garras del alcón que la devora  
Sufre inocente y muere sin rencilla.

En medio de las olas de la gente  
Puédese apenas descubrir al Verbo:  
En sus ojos se ve pesar acerbo,  
Grande congoja en su abatida frente.

Al cansancio rendido y desvelado,  
Falto de fuerza á la fatiga cede,  
Y en languidez mortal seguir no puede  
Los grandes pasos del brutal soldado.

La sangre de Jehová corre caliente  
 Por su cuerpo blanquísimo hasta el suelo,  
 Cubre sus ojos tenebroso velo,  
 Y poco á poco desmayarse siente.

Aparta ¡oh Padre! del Ungido, aparta  
 La copa del dolor que está bebiendo:  
 Su alma se rinde en lance tan tremendo  
 Harta de tedio y de congojas harta.

En tan profunda y angustiosa pena  
 Inconsolable Dios lanzó un gemido,  
 Hasta que, al fin, á su dolor rendido,  
 Cayó y su Rostro se estampó en la arena.

Entonces crece al popular murmullo,  
 La burla entonces del gentil osado,  
 Entonces los insultos del soldado,  
 Y el triunfo vil del farisaico orgullo.

Cayó el Verbo en la arena desangrado,  
 quedóse un instante sin aliento,  
 Pálido, sin color, sin movimiento,  
 Como la flor que deshojó el arado.

Ese que ves postrado y abatido,  
 Mojada en sangre y en sudor la ropa,  
 Hecho el ludibrio de insolente tropa  
 Y objeto de sacrílego alarido;

Es el mismo que estaba allá presente  
 Cuando el Padre los cielos extendía:  
 A los astros caminos prescribía  
 Y les daba la luz resplandeciente:

Es el mismo Criador, el Hijo mismo  
 Que si amenaza al mar, el mar se humilla,  
 Que pasar no le deja de su orilla  
 O bien lo arroja de su inmenso abismo.

Aquí rindióse á un pálido desmayo;  
 Pero cuando su rostro centellea,  
 La alta montaña formidable humea,  
 Y vuelan el relámpago y el rayo.

Se alzó por fin, y puesto á mil sonrojos  
 Bajaba el melancólico semblante,  
 Y solo á veces por algún instante  
 Tornaba al cielo sus nadantes ojos.

Entre negro terror y sobresalto  
 Al deshonrado Gólgota camina,  
 Y al grave peso de la cruz se inclina  
 Falto de sangre y de consuelo falto.

Cuando se acerca á tí la Virgen bella,  
 En sus ojos, Señor, tus ojos clavas;  
 Pero al mirarla, de dolor temblabas,  
 Y al mirarte temblaba también ella.

Y suda de amargura y de congoja,  
Viendo el sudor de tu humillada frente,  
Y sin consuelo llora la inocente  
Al ver el llanto que tu rostro moja.

Huérfana ¡ay Dios! y atónita de espanto  
Te acompaña tu Madre desvalida,  
Pasada el alma con terrible herida,  
Suelto el cabello y descompuesto el manto.

Entre tanto, la Roma de Tiberio  
Dominada de lúbricas mujeres,  
Al fausto se entregaba y los placeres  
Con escándalo inmenso del imperio.

Allá las damas sus hermosos cuellos,  
El pecho y piés descubren licenciosas,  
Mientras que por venderse las esposas  
Perfuman sus adúlteros cabellos.

Piadosas á tu lado unas judías  
Tu deshonor y suplicio van llorando:  
¿Por qué no muestra corazón tan blando  
El pueblo todo que escogido habías?

“¡Ay, no lloreis por mí! dices gimiendo,  
Por vosotras llorad, y vuestros hijos:  
Tiene el grande Jehová los ojos fijos  
En Salem y en el Gólgota tremendo.

“Si esto que veis le pasa al inocente,  
Al hijo mismo del Creador del cielo,  
¿Qué esperanza le queda de consuelo,  
Qué esperanza le queda al delincuente?”

“Un enemigo irresistible y duro  
Os cercará de foso y de trinchera,  
Matanza sin piedad habrá por fuera,  
Matanza sin piedad dentro del muro.

“Temblarán las doncellas delicadas  
De las armas romanas al estruendo,  
Y de Jerusalem saldrán huyendo,  
¡Ay! huyendo como aves espantadas.

“El extranjero, de piedad ajeno,  
Con el pueblo será tan inclemente,  
Que cruces faltarán para la gente,  
Y para cruces faltará terreno.

“Vendrán la peste y la hambre asoladora,  
Seguiranse batallas á batallas  
Y abrasará palacios y murallas  
Y el templo ¡oh Dios! la llama vengadora.

“Sangre y más sangre correrá en el foso,  
Y en esas calles que darán espanto,  
Y en esas plazas húmedas del llanto  
Del niño, de la esposa y del esposo.”

Dijo, y los pretorianos sus vasallos  
 Lo impelen y urgen con terrible acento,  
 Y al tocar en el Gólgota sangriento,  
 Calló en tierra á los piés de los caballos.

---

### LA VIRGEN AL PIE DE LA CRUZ.

---

Lanzaba el sol su fuego á medio día  
 Sobre las tristes rocas del Calvario,  
 El campo estaba ardiente y solitario  
 Y hoja ninguna en su arbol se movía.

Busca el leopardo en medio de arenales  
 Las tibias aguas del Jordán revuelto,  
 Busca las sombras el venado esbelto  
 Entre los deshojados carrizales.

Con el vapor de la caliente arena  
 El cuello tuerce el espinoso cardo,  
 Y entre las grietas del peñasco pardo  
 Se marchita la flor de la verbena.

En tanto el Hombre-Dios allá pendiente  
 En la cumbre del Gólgota gemía,  
 Y sudaba y temblaba en su agonía  
 Oyendo las blasfemias de la gente.

Tú, Madre del Señor, que cerca estabas  
Del patíbulo horrendo y casi muerta,  
A ratos lloras con la faz cubierta,  
La vista á ratos en el Hijo clavas.

Al mirarle temblar suda tu cuello  
Y tu alba frente suda, y te estremeces;  
Sus tristes ojos vuelve á tí dos veces,  
Y dos veces se eriza tu cabello.

¡Espectáculo atroz! su sangre roja  
Brotó caliente, y al brotar humea,  
Y á proporción que de Jesús gotea,  
El rostro y manos de su Madre moja.

El llanto y el dolor son tu alimento,  
Eres pobre y oscura y despreciada:  
No le debes siquiera una mirada  
Piadosa al legionario desatento.

A cada queja que el tormento arranca  
De la boca sedienta del Ungido,  
Exhalas profundísimo gemido  
Y el llanto limpias con tu mano blanca.

Aun no acababa algún desapiadado  
De blasfemar del inocente verbo,  
Cuando escuchabas con dolor acerbo  
La risada insultante del soldado.

En tanto el mundo estólido levanta  
Hasta el cielo á sus héroes y á sus sabios,  
Que no son dignos de poner sus labios  
Donde el Hijo de Dios puso la planta.

¿Cómo pudo una mano delincuente  
Aplicar en el labio moribundo  
Amarga hiel al Hacedor del mundo,  
Su misma madre hallándose presente?

¿Cómo no derribó muro y santuario  
El furor de estruendoso remolino?  
¿Cómo de fuego inmenso torbellino  
No derritió las peñas del Calvario?

¿Cómo es, Hija de Habram, que ver pudiste  
Los furores de escena tan tremenda?  
¿Cómo al tronar la tempestad horrenda  
Sin desmayar tu corazón resistes?

Tus lágrimas rodaban á tu seno  
Y mojaban tus pechos virginales,  
Que nutrieron al Dios de los mortales  
Allá de Niño en tiempo más sereno.

Cuanto vas con la vista recorriendo,  
Todo desgarras tu profunda herida,  
El muro y torres, la ciudad querida,  
El templo augusto el Olivar tremendo.